

deciros que ya no tienen razón de ser mis quejas contra Rodrigo de Paz: en ella está con la Santa Iglesia Católica pues hoy se ha confesado conmigo y le he absuelto.

Salazar y Peralmindez se miraron asombrados de la exactitud de las noticias que habiales dado Ixtaolzin.

LIBRO V

EL TRIUNFO DE SALAZAR



Capítulo I

El drama de Cuauthemoc

No pasaron muchos días sin que la noticia del fallecimiento de Hernán Cortés y de los expedicionarios de las Hibueras corriese por toda la ciudad y pasase á las provincias, con tal apariencia de exactitud y tal abundancia de detalles, que aun los mismos que la atribuían á malévolos manejos del factor y del veedor, no estaban menos temerosos de que pudiese resultar más ó menos tarde comprobada.

Se decia que Xihuatcoatl, el general aquel de Cuauthemoc que en capítulos anteriores conocimos y que Cortés llevó consigo y con los reyes prisioneros á su expedición á las Hibueras, se encontraba en México.

Los gobernadores hicieronle buscar, pero en muchos días no lograron hallarle, lo que hizo creer que su estancia en México era una superchería más inventada por Salazar y Chirinos.

Mas por desgracia y para mayor confusión de tirios y

troyanos la presencia de Xihualcoatl en México era cierta.

Los gobernadores avisaron que un indio sobrenombrado José le había puesto en sus manos, que se hallaba en la cárcel común y que iba á procederse á abrir una averiguación.

Todo esto parecía ser cierto.

La multitud acudió en tropel á la cárcel y en ella se le enseñó un indio de continente fiero y majestuoso, cargado de cadenas y rodeado de una guardia de arcabuceros españoles.

¿Quién era aquel indio que en efecto parecía ser noble y estar acostumbrado á los peligros lo bastante para despreciar el que corría?

Unos días antes se había presentado á Ixtaolzin en las fragosidades del Tepeyac.

El sacerdote le reconoció desde luego y no poco se admiró de verle: era un hermano del general Xihualcoatl, en extremo semejante á él, pues habían nacido gemelos ó sean *coates* en idioma azteca.

A las preguntas que el sacerdote le hizo contestó del siguiente modo:

—Huérfanos están, oh valeroso sacerdote de Tonanzin los hijos de Huizolopochtli.

Cuauthemoc, águila que cac, ha dejado de existir.

—¿Qué dices, Xihual, qué fatal y dolorosa nueva me das?—preguntó con ansiedad horrible el sacerdote.

—Su espíritu se ha levantado sobre su nación, libre de las prisiones de su cuerpo mortal.

—El dolor de su esclavitud sin duda.....

—No: quienes aman á su patria como él la amó, no la abandonan sucumbiendo á sus pesares.

—¿Qué significan tus palabras?

—Que Cuauthemoc ha sido muerto por Quetzalcoatl.

—¿Hernán Cortés!...

—¡Si, Hernán Cortés le ha matado!

Negro como la acción misma es el misterio en que sus pormenores han quedado envueltos.

Ni yo mismo que de allí vengo puedo contarte la verdad.

Nadie la sabe sino el mismo Hernán Cortés.

Eran pasados de nuestra salida de Goatzacoalcos dos de los meses que cuentan los españoles.

Sólo ellos pueden ser capaces de seguir caminos como el que llevábamos.

Marchando sólo al rumbo, mil veces nos perdimos en aquellas desiertas soledades, sin hallar más sendas que las abiertas por los rebaños de bestias feroces, que huían á nuestra aproximación, espantadas sin duda de nuestra osadía.

Los vírgenes bosques nos cortaban el paso con las entrecadas mallas de gruesas redes de lianas, contra las cuales se mellaban al pretender cortarlas las hojas de las espadas españolas, y nuestras macanas perdían sus dientes de obsidiana.

El calor era sofocante; el sol abrasaba nuestra piel y casi fundía las armaduras de los conquistadores.

El hambre y la sed nos diezaban á los unos y á los otros, haciéndonos sufrir tormentos horribles.

A ellos han sucumbido los más débiles de nuestros opresores y entre éstos uno de esos hombres venerables que los acompañan y había sido nuestra providencia hasta la hora de su muerte.

Fray Juan de Tecto era su nombre.

Flaco y débil anciano, sus fuerzas no pudieron sobre- llevar la fatiga ni la necesidad, y al pié de un arbol dió á su Dios su alma, haciéndonos llorar su muerte con las lágrimas todas de nuestros ojos.

¡Pobre viejo!

¡Con qué dulce expresión animó su cadavérico semblante al echar sobre nosotros su última bendición!

Créelo, sacerdote de Toci; esos misioneros acabarán por hacernos amar el yugo cruel que nos obliga á doblar la cerviz ante los soldados.

Desde el día en que Fray Tecto murió presentimos la desgracia que al fin había de venir sobre nosotros.

Pero la merecemos, sacerdote de Toci, la merecemos por haber permitido á nuestros reyes acostumbrarnos á la esclavitud.

Nada más fácil en el camino que seguíamos que haber acabado con nuestros enemigos.

Las dificultades que la naturaleza nos oponía al paso nos obligaban á cada instante á dispersarnos y á procurar vencer los obstáculos cada cual según podía.

Con habernos apartado de los españoles, todos ellos habrían allí perecido sin humano remedio.

Una sola palabra de Cuauthemoc habría bastado para que nuestras armas no hubiesen dejado con vida ni á un solo enemigo.

Cuauthemoc no la dijo.

Pero Hernán Cortés temió que pudiera decirla, y cediendo cobardemente á su temor, faltó á la fe jurada y manchó con ello la gloria de las acciones que á nuestra vista ha llevado á cabo.

Acampábamos en un paraje que llaman Izancanac.

La noche cayó sobre el extenso campamento como un paño mortuorio bordado de funestos presagios.

En la parte del real de Hernán Cortés vimos brillar sinestras y á deshora las llamas de algunas teas.

A la primera luz del siguiente día el enorme *ceibo* ó *pochotl* que dibujaba sobre el fondo blanquísimo del alba sus gruesas y carcomidas ramas, ostentaba pendientes de ellas los cadáveres de Cuauthemoc, rey de México, de Cohuanacox, de Texcoco, de Tetepanquetzal de Tlacopam, de mi hermano Xihualcoalt y de los demás señores, generales y caciques que Cortés sacó de México.

¿Qué había pasado?

¿Qué motivo podía haber tenido aquella atroz ejecución?

Nadie sabía más sino que se creía que los reyes y señores aztecas habían tratado de conjurarse y alzarse contra los españoles.

Según unos, un indio había puesto en manos de Cortés una manta de algodón en que constaban pintados en geroglíficos, los nombres de los autores de la conspiración.

Segun otros, muy entrada ya la noche, el rey de Texcoco reunió á los demás señores y les dijo:

«Veis aquí, señores, que de reyes hemos venido á ser esclavos, y son ya tantos días que el español Cortés nos trae caminando.

«Si nosotros no fuéramos los que somos, y no miráramos á la fe que debemos y á no inquietarnos, bien pudiéramos hacerle una burla que le acordara lo pasado y el haberle quemado los piés á mi primo Cuauthemoc.»

Este al punto le interrumpió, diciéndole:

«Dejad, señor, esa plática, no se entienda que de veras tratamos de esto.»

Añadiase que un indio escuchó esta conversación y

corrió á enterarle de ella á Cortés, quien consultó el caso con sus capitanes, los cuales resolvieron que se hiciese ahorcar á los reyes y caciques.

Fuera de ello lo que fuere, lo cierto es que como te dije, á la siguiente mañana de todos ellos sólo quedaban sus cadáveres pendientes de las ramas del ceybo.

Yo pude escapar y ocultarme, y largos é interminable número de días permaneci escondido en aquellas bárbaras escabrosidades.

Pero al fin me ví salvo y vengo á tí á decirte:

—¡Oh valeroso sacerdote de Toci! ¿qué podemos hacer para al menos vengar á aquellos mártires queridos?

—¿Lo deseas?—preguntó Ixtaolzín con los ojos inflamados por una alegría feroz.

—¿En qué mejor que en intentarlo puedo perder mi vida?

—¿En nada la aprecias que pueda hacerte temer desprenderte de ella?

—En nada.

—Y bien en ese caso es preciso que sin restricción te sometas á mi voluntad.

—Sólo aguardo que mandes para obedecerte.

—Bien, los dioses te recompensarán.

—Mándame pues.

—Tu parecido con el denodado Xihualcoatl es completo. Necesitas hacerte pasar por tu mismo hermano.

—Lo haré así.

—Voy á denunciarte á los gobernadores españoles.

—¿Que me harán matar?...

—No lo creas.

—¿Por qué?

—Porque tu presencia les servirá para el triunfo de

sus planes, que son los de perpetuarse en el ejercicio de su tiránico poder.

—¿Para eso debo servirles con perjuicio de nuestra patria?

—No, sino en provecho de ella.

—No te comprendo.

—Nada tan inexplicable ni estúpido como la tiranía que los gobernadores Chirinos y Salazar están haciendo pesar sobre el país.

Su crueldad no tiene semejante y ellos solos se bastan para hacer morir uno á uno á todos sus compatriotas.

Estos se hallan acobardados y se dejarán matar sin defenderse.

Hé aquí nuestro interés.

Si en estos momentos nos alzásemos los naturales contra ellos, el peligro común les haría agruparse y unirse y quedaríamos vencidos una vez más.

Dejémosles, pues, que ellos se maten.

—Pero yo ¿qué puedo hacer en eso?

—Mucho.

—Explicate.

—Escucha. Lo importante es deshacernos de los amigos y partidarios de Hernán Cortés.

—¿Cómo?

—Coadyuvando á los planes de Peralmindez y Gonzalo de Salazar que se hallan en guerra abierta con ellos.

—¿Pero de qué modo?

—En estos momentos tratan de hacer creer en la ciudad que Hernán Cortés y sus capitanes han muerto en su expedición á las Hibueras.

—¡Ojalá fuese cierto!

—En tu mano está que esa falsa nueva nos produzca los mismos bienes que si lo fuese.

—Dí la manera.

—Bastará que tú, haciéndote pasar por Xihualcoatl, afirmes que Cortés ha sido muerto por los indios.

—¿Pero qué diré?

—Que irritadas con el suplicio de Cuauthemotzín, las tropas indias se sublevaron, y apoderándose de Cortés y sus capitanes los sacrificaron á nuestros dioses.

—¿Pero á qué diré que he venido yo aquí?

—A proclamar rey al príncipe Tezomotli, hijo de Cuitlahuac.

—Pero dí, sacerdote de Toci, ¿qué riesgo es el que corro en seguir tus instrucciones?

—¿Tienes miedo?

—Ninguno.

—¿Entonces?...

—Yo he vuelto á la capital y te he buscado, no para que me conduzcas á una muerte inútil, si hubiese querido morir, en Izcananac pude haberlo conseguido y mis restos habrían reposado en la misma tierra que cubre los del desventurado rey y de mí valeroso hermano. Si yo he vuelto y te he buscado ha sido para decirte: los españoles han cometido con nosotros su último crimen, dime qué podemos hacer para vengarnos.

—Lo que te indico y nada más. Tú puedes como nadie favorecer mi plan, hacer más profunda la división que existe entre los españoles, contribuir al momentáneo triunfo de los gobernadores Salazar y Chirinos, y después al de la reconquista de tu patria.

—Te creo y á tus palabras me atengo.

—Si en la empresa percieses ten la creencia de que

habrás cumplido tu deber ante nuestros dioses y tu patria.

—Ese es mi deseo.

—Pero no perecerás, ninguna más halagüeña nueva podías dar á Peralmíndez y á Gonzalo de Salazar que la muerte de Hernán Cortés, á quien aborrecen más que nosotros mismos. Ellos mismos han procurado esparcir esa noticia que favorece sus planes. Haciendo tú lo que te indico, les aseguras, ya te lo he dicho, su triunfo.

—Bien está. ¿Pero como has logrado tú hacerte de su confianza?

—Ignoran mi clase, mi nombre y hasta el lugar en que habito, paso á sus ojos como uno de tantos espías tlaxtecas.

—¿Cómo! ¿te has hecho pasar por uno de esos viles traidores?

—Así convenía á mis planes, y así he conquistado su confianza, me juzgan mortal enemigo de los mexicanos, de esta supuesta enemistad es de la que voy á valerme para denunciarte.

—¿De modo que ante ellos no debo conocerte?

—No tanto como eso, debes dar á suponer que me fingí tu amigo y te engañé.

—¡Ay de tí si así fuese!—observó Xihuatl arrojando sobre el sacerdote una amenazadora mirada.

—Si de mí desconfías, corta conmigo toda plática y alejate de mí, dispones para ponerte en salvo de todo el tiempo que yo necesitaría para ir desde estos cerros al palacio de los gobernadores.

—Por tanto no lo dije. Desconozco en sus detalles el plan que meditas y al cual deseas que yo sirva. No te extrañe que al no poder explicármelo me muestre con-

fuso y en mi confusión te ofenda. No lo deseo si para ello no tengo motivo.

—Comprendo tus dudas y las disculpo. Pero esta noche permanecerás conmigo y en todos sus detalles te descubriré mis planes.

—Según eso, tú me alojarás.

—Sígueme, fuera de lo que llaman la *traza* de la ciudad, poseo un *jacal* en que tendrás cuanto necesites.

—Guía, á tí me confío por completo.

—No tendrás motivo para arrepentirte.

Dichas estas palabras y á tiempo que la tarde comenzaba á caer y la noche á levantarse, Ixtaolzin, seguido de Xihuatl, tomó el camino de la ciudad.

Capítulo II

El cartel de desafío

Cozoso con haber tan fácilmente obtenido de Xihuatl la cooperación que tan importante había de ser para el triunfo de sus planes, Ixtaolzin fué á ver á los gobernadores.

Como de costumbre fué recibido en cuanto se hizo anunciar.

Con los gobernadores hallábase también Hernán Pérez.

Reunidos estaban, por lo tanto, los cuatro chacales de aquella época.

La primera pregunta de Salazar á Ixtaolzin fué la siguiente:

—¿Qué sabe nuestro fiel José de la llegada á México, de un general de Cuauthemoc?

—Que es enteramente cierta.

—¿Luego tú le has visto y quizás hablado?

—Y vengo á ponerle en vuestras manos.

—¿Será posible!

—Sí, si os comprometéis á seguir en un todo mis instrucciones,

- Según las que ellas sean.
- No pueden ser sino las que á vosotros y á mí convienen.
- Dilas entonces.
- Hernán Cortés no ha muerto.
- Lo creemos.
- Pero no os conviene que lo digáis.
- Ciertamente que no.
- Por eso yo voy á proporcionaros los medios para afirmar que Hernán Cortés ha muerto.
- ¿Cuáles son?
- Las declaraciones que Xihuatl, hermano del general mexicano Xihualcoatl, está dispuesto á hacer.
- ¿No es entonces el general mismo?
- No, sino su hermano, pero se hará pasar por él.
- ¿Qué declaraciones va á hacer?
- Unas que son ciertas y otras que no lo son, pero lo parecerán.
- ¿Cuáles serán las primeras?
- La muerte de Cuauthemoc y sus nobles.
- La sorpresa de los gobernadores al oír esto fué extraordinaria.
- Ixtaolzin les refirió lo que Xihuatl le había contado, y no repetimos pues lo saben ya nuestros lectores.
- Cuando hubo acabado su relación, dijo Peralmíndez:
- Pero si á ese drama damos publicidad, más bien que de provecho, puede sernos de perjuicio.
- ¿Por qué?
- Si los naturales se enteran de la traición que Cortés ha hecho á sus promesas...
- Podrían levantarse contra vosotros, ¿no es cierto?
- No que lo pudieran, pero sí que lo intentarán.

- ¿Cómo podréis abrigar temor semejante, cuando veis que sin quejarse sufren vuestro despótico gobierno?
- ¡Cuenta con lo que dices!—exclamó Salazar notando la feróz expresión que Ixtaolzin dió á su semblante al pronunciar las últimas palabras.
- Callaré si os ofendo,—observó aquél procurando serenarse.
- Habla, pero no abuses de la libertad con que te permites hablarnos.
- Así lo haré,—contestó el sacerdote mordiéndose los labios,—los mexicanos no se levantarán contra vosotros; los conozco bien, el nuevo infortunio acabará de quitarles su antiguo y natural valor.
- Si así es...
- Yo os lo fio, y lejos de perjudicaros la noticia del suplicio de su rey, debéis darla con todos sus detalles para justificar las declaraciones falsas que Xihuatl hará.
- Dinoslas.
- Dirá que la traición de Cortés á su palabra, irritó á los tres mil naturales que forman parte de su ejército y que abriendo las puertas á su justificado rencor, cargaron sobre Cortés y sus capitanes y, apoderándose de ellos, los sacrificaron á sus dioses.
- Y ¿qué?—preguntó Peralmíndez clavando sus investigadoras miradas en el sacerdote;—¿no estarás engañándonos con la verdad?
- No; desgraciadamente no lo es.
- ¿Desgraciadamente dices?
- Sí; para los mexicanos.
- Prosigue.
- La prisión que de Xihuatl haréis, debe pasar como

una traición mía; así lo hemos convenido para que sus falsas declaraciones parezcan tanto más verosímiles.

—¿Y qué es lo que Xihuatl exige por su participación en nuestro plan?

—Ni él ni yo, exigimos cosa alguna.

—¿Sabes,—observó Salazar,—que tu desprendimiento pudiera parecernos sospechoso?

—No debe parecéroslo, pues sabéis que mi plan se encamina á la satisfacción de una venganza.

—Que has rodeado de un profundo secreto.

—Que nunca dejará de serlo para vosotros.

—Sea como lo quieres, pero tales son las traiciones que á tus compatriotas haces, que sin quererlos nosotros...

—Os inspiro repulsión, ¿no es cierto?

—Quizás sí.

—Y bien,—repuso el sacerdote con despreciativo desdén;—¿cuándo han dejado de seros útiles nuestras traiciones? ¿Sin ellas habríais conquistado el imperio de Moctezuma?

—Hablador vienes hoy y de malas estás con tu pesuezo,—observó con disgusto Salazar.

—¿Español,—contestó el sacerdote;—tus amenazas no me imponen, tus desdenes no me hacen mella! Sigo y persigo la realización de mis propósitos, y no hay obstáculo capaz de detenerme en mi camino. Creo tener bien defendida y guardada mi existencia con vuestro propio interés; mas si así no fuese, fijate en mis canas que nunca salen en los hombres de mi raza, sino cuando los años son muchos y grande la vejez. La muerte, pues, no me asusta. Si hoy pudieses dármele, lo sentiría por bajar á la tierra sin haber satisfecho una venganza, que data de los días de mi juventud; pero no me intimidaría una

muerte que no temo hoy, ni he temido jamás. Toma, pues, de mí lo que te doy, y ve en mí el hombre que te sirve, no por amor ni por placer de servirte, sino porque sirviéndote á tí, á sí propio se sirve.

La enérgica serenidad con que el sacerdote habló lo que precede, convenció á los gobernadores de que les convenía mantenerse en paz y armonía con él, y que, en efecto, nada ni nadie era capaz de intimidarle.

—Bien está,—dijo Chirinos,—danos, pues, lo que dar-nos quieras.

—Tengo á mi hombre, á Xihuatl, que así se llama, á vuestra disposición.

—¿En dónde?

—En una casa del barrio de Tlaltelotco.

—Tú guiarás á mis soldados.

—Bastará que me sigan.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Hernán Pérez dió las órdenes oportunas, y el sacerdote salió del despacho de los gobernadores.

Cuando éstos se vieron solos, dedicáronse á comentar el suceso referido por Ixtaolzín.

En hacerlo emplearon el largo espacio de tiempo que se necesitó para que los soldados de Peralmíndez regresaran trayendo prisionero á Xihuatl.

Conducido á su presencia le sometieron á un interrogatorio cuyas respuestas estuvieron en un todo conformes con lo que Ixtaolzín les había anunciado.

Cuando todo creyeron saberlo, Salazar ordenó que Xihuatl fuese encarcelado en una de las piezas bajas de la casa y custodiado convenientemente.

La noticia de la prisión del supuesto Xihualcoatl y la

de las nuevas que traía, circularon rápidamente en la ciudad.

Los gobernadores anunciaron que iba á procederse á procesar al prisionero, y consintieron en que cuantos lo deseasen pudieran verle, á cuyo efecto, como queda dicho, le cargaron de cadenas y en medio de una fuerte guardia, le expusieron en el patio de la casa.

Grande, inmensa fué la conmoción que el suceso produjo.

La generalidad de los habitantes de México dió asenso desde luego á la nueva fatal de la muerte de Cortés y de sus capitanes.

Cada casa se convirtió en un hervidero.

Algunas mujeres de españoles, suponiéndose viudas, se entregaron sin reserva á sus penas y aflicción, y con su llanto hicieron brotar el de sus hijos.

Los herederos de los supuestos difuntos comenzaron á agenciar la posesión de sus herencias.

Los amigos de los gobernadores y contrarios de Cortés, pidieron que desde luego se les aplicasen los repartimientos vacantes.

Más de una mujer, creyéndose, como dijimos viuda, descubrió las relaciones que con otro hombre había hasta entonces mantenido ocultas.

Y suponiéndolas libres, las más ricas se vieron acosadas de galanes y pretendientes á su mano.

Pero los más incrédulos ó aquellos á quienes no convenia que la nueva resultase cierta, por nada quisieron confesarse vencidos y persistieron en afirmar que todo ello no pasaba de una superchería, inventada por los codiciosos y atrabiliarios gobernadores.

Estos pidieron desde luego á Rodrigo de Paz hiciese

entrega de los bienes del difunto Hernán Cortés, pero no obtuvieron por cierto la respuesta que deseaban.

Paz encontró mucho de ordinario en la trama urdida y se negó á obedecer mientras tanto no le constase la verdad.

Salazar vió entonces al tesorero Alonso de Estrada, y á trueque de su libertad le comprometió á requerir á Paz.

Este reunió á los amigos de Cortés, y arrepintiéndose ante ellos de haber hecho amistades con el factor y el veedor los conjuró á ayudarle á desbaratar sus planes.

Por su parte Salazar y Chirinos vieron engrosado como nunca su partido, y dispuestos á no perder tiempo, le organizaron militarmente resueltos á imponerse por la fuerza y la violencia, si como era fácil prever, sólo por la fuerza y la violencia podían triunfar.

Fué aquel uno de los más supremos instantes de aquellos aciagos y luctuosos días.

Capítulo III

La prisión de D. Diego

Los intereses que salían perjudicados con la confirmación de la nueva de la muerte de Hernán Cortés y sus capitanes, eran muchos para que aquellos á quienes el perjuicio afectaba no tratasen por todos los medios imaginables de demostrar la falsedad de la especie vertida.

La empresa no obstante era muy difícil.

Ninguna noticia directa habíase tenido del conquistador.

Meses y meses pasaban sin poder saber qué había sido de él.

Ninguno de los capitanes que habían dejado en la capital, no sólo su hacienda, sino también muchos de ellos sus familias, habían comunicado á éstas ni la más ligera noticia de sus personas, de sus hechos, de los incidentes de la marcha.

Aquel silencio no era á la verdad explicable.

¿Cómo Hernán Cortés podía haberse desentendido hasta tal punto del trofeo de su gloriosa conquista?

¿Ignoraba acaso que aun hallándose él á corta distancia de la capital se habían suscitado en ella peligrosos disgustos entre los legatarios de su gobierno?

¿No sabía que los ministros del tribunal de cuentas eran sus enemigos, y que la burla que les había hecho marchando contra su parecer y mandato á la expedición de las Hibueras, podía servirles de pretexto para perderle ó desconcertar su autoridad?

A estas preguntas que los vecinos de México se hacían, ninguno acertaba á dar respuesta satisfactoria.

Cortés había cortado toda comunicación con la capital ni más ni menos que si hubiese muerto como se decía.

Si Peralmíndez y Salazar no hubieran estado, como estaban, tan desacreditados y aborrecidos, la nueva propalada habría sido creída por todo el mundo.

Tantas eran sus apariencias de verdad.

Pero de una parte el odio á los gobernadores y de otra el terror que infundía la idea de que la fatalidad ó la intriga los hiciesen dueños absolutos de la situación, influyeron y no poco en que el plan de aquéllos no tomara el incremento y desarrollo á que estaba llamado, tan pronto y fácilmente como se lo imaginaron.

El partido de Cortés se levantó imponente y majestuoso ante los gobernadores, teniendo por jefes en primer lugar á Rodrigo de Paz, pariente y representante del conquistador, y en segundo á sus capitanes Francisco de las Casas y Gil González.

Mucho podían hacer los dos últimos, pero sólo era temible por el momento Rodrigo de Paz.

Contra él, pues, iban á dirigir todos sus tiros aquellos dos hombres que jamás comprendieron la necesidad de conservar amigo alguno.

Pero antes de caer sobre Rodrigo les era indispensable debilitar el ardor público con que ellos eran aborrecidos y Paz visto como un áncora de salvación.

Esto sólo podía conseguirse fundando más y más la noticia de la muerte de Cortés.

Con extraordinaria actividad y relativa perfección hicieron circular cartas supuestas suscritas por varios conquistadores, que dieron por hecho se habían salvado.

En ellas daban pormenores de las ceremonias con que Hernán Cortés y los suyos habían sido sacrificados á los dioses indígenas.

Pero nadie las creyó.

No era en efecto verosímil que no habiéndose en tanto tiempo recibido carta alguna, se multiplicasen tanto en aquella ocasión, favorable únicamente á los gobernadores.

Las aseveraciones del prisionero Xihualcoatl tampoco merecían ser creídas.

¿Quién podía asegurar que fuera en efecto el general de Cuauthemoc?

Muchos indios lo afirmaban, pero los indios estaban interesados en hacer creer en la preponderancia de su raza.

Pero aun dando por cierto que Xihualcoatl fuese el temible general, ¿qué podía probar su dicho?

Pudo haber burlado la vigilancia de Cortés y escapárase, quedando éste vivo y muy vivo.

Vuelto á México y hecho prisionero por los gobernadores, quizá por salvar su vida se había ofrecido á contar lo que ellos le exigieran.

En la información levantada se había procedido con grande lentitud y manifiestas irregularidades.

Xihualcoatl estaba de acuerdo con ellos y como ellos merecía ninguna fe.

Pero hé aquí que contra lo que todos esperaban se supo que Salazar estaba dispuesto á hacer un ejemplar con el general indio, como asesino del conquistador.

La curiosidad pública se excitó hasta su mayor grado, y las dudas y vacilaciones adquirieron una enorme proporción.

El desventurado Xihuatl fué en efecto sometido á un verdadero proceso.

Creiendo que aquello no era más que la continuación de la comedia ó plan de que le había enterado Ixtaolzin, Xihuatl no se intimidó y volvió á declarar que su objeto al volver á México había sido el de proclamar rey mexicano al príncipe Tezomotli.

Inmediatamente se dictó contra él auto de prisión.

Uno de tantos espías del partido de Cortés, dió esta noticia á Fray Martín de Valencia, quien, sabiendo que la supuesta participación de su ahijado en la trama de Xihuatl no tenía razón de ser, le ocultó y se dispuso á hacer respetar la inviolabilidad del asilo sagrado.

D. Diego de Saavedra, que estaba dispuesto á dar á Tezomotli la mano de su hija D.^a Beatriz, fué á ver á Salazar y á abogar por la inocencia de su protegido y protector.

Salazar hizo poner preso á D. Diego.

Este reclamó como era natural.

Peró Salazar le contestó:

—Mis deberes de gobernador y representante de S. M. son primero que mis compromisos de amistad.

—¿Pero en qué puedo haber delinquido yo contra el rey?

—No lo sé, pero temo que el delito exista.

—¿Qué delito?

—Los de rebelión y traición á S. M.

—¿Yo traidor á S. M.?—exclamó más sorprendido que asustado el noble D. Diego.

—Sí: vos.

—Pero amigo Salazar, ¿en qué os fundáis para creerlo?

—Siento que me obliguéis á decíroslo, pero os lo diré,
—respondió Salazar, en cuyo rostro se pintó la satisfacción con que se preparaba á tomar venganza.

—Os escucho, Gonzalo, os escucho, y creed que con profunda pena me imagino la razón de la violencia de que al parecer vais á hacerme víctima.

—Os equívocáis, D. Diego,—contestó Salazar imperturbable;—os equivocáis y vive Dios que me lastima que me creáis menos hombre y caballero que lo que lo soy. Como hombre, el injusto é injustificable desdén con que vuestra hija me ha visto siempre, ha matado el amor que un día y por largo tiempo la tuve: como caballero he olvidado sus desdenes y mis rencores de enamorado. Mal hacéis, pues, en traer tal asunto á colación, aunque no se me escape el móvil.

D. Diego palideció herido en lo íntimo de su honor y de su alma por las intencionadas palabras de Salazar.

—Para saber,—dijo,—hasta dónde el envenenado dardo de vuestras palabras ha penetrado en mi corazón, necesitarías tener la dicha de ser padre de una hija idolatrada. Pero soy generoso y os perdono. No, Salazar, no me conocéis: antes que recurrir á los recuerdos de vuestra pasión por D.^a Beatriz, no digo en mi favor, pero ni en el suyo propio, os arrancaría la vida si pudiese ó á vuestras manos perdería la que tengo.

—No lo dudo ni un instante,—respondió Salazar,—y os ruego que otro tanto penséis de mí. Si yo pudiera sospechar que en el desdén de D.^a Beatriz teniais alguna parte, como hombre y caballero os buscaría, nunca como gobernador y menos para abusar de mi poder. Pero á la vez la responsabilidad anexa al cargo de gobernador que ejerzo, me obliga á velar ante todo por los intereses de S. M. y á posponer á ellos toda consideración, aun las de la amistad. No debe, pues extrañaros que proceda con vos como procedo.

—¿Pero cuáles son mis delitos?

—No lo sé, pero me basta sospecharlos para cumplir con mi deber.

—¿Pero con mil diablos! ¿qué es lo que sospecháis?

—Ya os lo he dicho, que traicionáis al rey.

—¿Qué causa tenéis para creerlo?

—La intimidación que mantenéis con D. Martín Tezomotli, hijo de uno de los antiguos reyes aztecas.

—¿Qué delito hay en ello?

—¿Sin duda ignoráis que se ha dictado orden de prisión contra él?

—No lo ignoro.

—Sabréis entonces que ese D. Martín debía haber sido proclamado rey de México y sucesor de Cuauthemoc.

—Eso se dice, ¿pero ese dicho qué prueba contra él?

—Que estaba de acuerdo con los indígenas rebeldes.

—Salazar, os aseguro que eso es una falsedad.

—¿Qué podiais hacer vos, D. Diego, sino disculparle?

—¿Qué queréis decir?

—Que no ignoro que le habéis creído más digno que á mi de otorgarle la mano de D.^a Beatriz.

—Salazar,—repuso D. Diego sin ocultar la emoción que le embargaba:—muchas y muy grandes son las faltas que en mi juventud he cometido contra mi familia: pero jamás he dejado de ser buen padre de mi hija: nunca, por lo tanto, he influido ni poco ni mucho en las determinaciones de su corazón: vos, Salazar, la pretendisteis y os consta la verdad de mi afirmación: nada pues, tengo que ver en el asunto que al fin abordáis.

—Podría creerlo,—observó Salazar,—si no supiese lo que sé.

—¿Podéis decirme lo que sabéis?

—Ningún inconveniente tengo.

—Os escucho.

—¿Quién os ha facilitado el oro con que habéis satisfecho la deuda que conmigo tenía?

—No me creo obligado á responderos: nadie puede quejarse de que haya yo tomado nada suyo.

—Si, hay quien puede hacerlo,—contestó bruscamente Salazar.

—¿Mentis!—exclamó colérico D. Diego.

—No hago tal; ese oro pertenecía á S. M.

—¿Mentis de nuevo!—repuso Saavedra.

—Repito que no hago tal, entre las piezas de oro que últimamente habéis depositado en mis manos, se encuentra un tejo de oro con las armas de Moctezuma, ese tejo perteneció sin duda al tesoro del rey azteca, malamente ocultado por Hernán Cortés con perjuicio de la corona. ¿Cómo vino á vos ese tejo?

—D. Diego no supo qué contestar.

—¿Lo veis?—añadió Salazar con satisfacción, no os hago la ofensa de suponer que hombres de vuestros principios y nobleza roben ni hurten cosa alguna, pero

eso no obsta para que yo continúe creyendo que ese tejo de oro ha sido robado por quien quiera que sea que lo haya puesto en vuestras manos. ¿Podéis vos decirme su procedencia?

—Para ello necesitaría,—contestó abatido D. Diego,—que me permitiese salir á averiguarlo.

—No puedo hacerlo,—respondió Salazar con indiferencia,—represento á S. M. y en su nombre os declaro bien preso, las pruebas que os pido podréis rendirlas en el juicio á que vais á ser sometido.

—Salazar, vuestro comportamiento conmigo es indigno de un caballero.

—D. Diego no me insultéis, podría perder la paciencia.

—¿Qué me importa á mí vuestra paciencia!—exclamó Saavedra con iracundo desprecio;—perdedla si queréis, pero sed caballero, y pues no soy más viejo que vos, ni tampoco vos carecéis de espada, ventilemos esta cuestión como nos corresponde y debemos. ¿Aceptáis?

—No: no acepto.

—¿Pues sois un cobarde!—gritó D. Diego tirando de su espada.

Pero antes que hubiera podido esgrimirla, Salazar hizo sonar un silbato de plata y dos soldados españoles se presentaron en la puerta del despacho.

El factor les dijo con imperio y señalando á D. Diego:

—¿Prendedle!

Cogido casi de improviso no pudo oponer una seria resistencia, y la orden de Salazar quedó cumplida y preso el noble D. Diego de Saavedra.